

OTRA "INICIATIVA POPULAR" CONTRA LOS TRABAJADORES EXTRANJEROS

GINEBRA.—El próximo 20 de octubre, los suizos tendrán que presentarse de nuevo ante las urnas para votar por o contra la presencia de los trabajadores extranjeros. Se da por seguro, en efecto, que los militantes del Movimiento republicano, partido derechista, reunirán las cincuenta mil firmas necesarias para provocar un referéndum nacional.

En 1970 se celebró el primero de estos referendums xenófobos, públicamente denominados «iniciativa popular contra el dominio extranjero». Los suizos rechazaron las proposiciones del diputado derechista Schwarzenbach, autor del proyecto que proponía la reducción al 10 por 100 del efectivo de extranjeros que viven en Suiza. Actualmente este país cuenta con un poco más de un millón de extranjeros, lo cual, en una población de 6.300.000 habitantes, representa el 16 por 100 de la población total.

Schwarzenbach perdió, pero por poco. Obtuvo algo más de medio millón de votos, es decir, el 46 por ciento de los ciudadanos inscritos. Se convirtió así en el líder de la ultraderecha, y consiguió hacer entrar a diez diputados de su tendencia en el parlamento. Sin saberlo estaba jugando a aprendiz de brujo, y las fuerzas que desató acabaron por eliminarlo. El mes pasado fue destituido de su cargo de presidente del Movimiento republicano. Los demás miembros de la dirección lo consideraron demasiado liberal...

Entre los 160.000 españoles que trabajan en Suiza, entre los temporeros en especial, sopó un viento de pánico. Se temía al fantasma de la expulsión. Este miedo forma parte de la estrategia del capital para mantener dóciles a los emigrantes.

Porque nadie mejor que el capitalismo suizo sabe que los trabajadores extranjeros son indispensables para su desarrollo. «La iniciativa de Schwarzenbach es un ataque a la prosperidad de Suiza», escribe el muy oficial «Bulletin Financier Suisse», y añade que «la reducción de la mano de obra extranjera llevaría a una desorganización total de nuestra economía; ramas enteras de la industria podrían verse afectadas por un proceso de cascada: imposibilidad de numerosas empresas para funcionar, pues por falta de personal se verían obligadas a cerrar sus puertas; esto repercutiría en otras fábricas, y así sucesivamente... Todo ello conduciría a un descenso de nuestro nivel de vida».

No se puede tocar cuerda más sensible a los suizos. Su escritor nacional, Ramuz, decía que «el predominio del orden y de la limpieza en Suiza significa ante todo una preocupación por el bienestar, una búsqueda del confort que les lleva a desinteresarse por las preocupa-

ciones espirituales que puedan distraer de las tareas cotidianas. Dicho de otra forma, la ausencia de esas preocupaciones permite a los suizos dedicarse "sin distracciones" al perfeccionamiento de la vida material».

Aplicado esto a la inmigración, significa que los suizos cierran los ojos ante las barracas donde viven, en condiciones a veces inhumanas, los trabajadores extranjeros; ante el estatuto semi-esclavista de los temporeros (1) o, en fin, al caso extremo, pero contado por «La Gazette de Lausanne», del obrero agrícola español a quien su patrón le obligaba a dormir en la cuadra con los cerdos.

¿Por qué echarlos? El citado «Bulletin Financier», que decididamente se ha convertido en el mejor defensor de los inmigrantes, sigue dando estadísticas elocuentes a los electores: «En 1950 Suiza tenía 4.715.000 habitantes; las personas activas eran 2.161.000, de las cuales 189.000 eran extranjeras. En 1968, la población activa llegaba a 2.855.000 personas, de ellas, 720.000, extranjeras. La población total era entonces de

(1) TRIUNFO, núms. 513 y 514. Reportajes en Suiza de Díaz-Plaia.

6.115.000 habitantes. Se comprobó que la población activa de extranjeros era de 50 por 100 de los extranjeros definitivamente establecidos, de 69 por 100 entre los anuales y de 100 por 100 entre los temporeros, mientras que esta proporción llegaba únicamente al 40 por 100 de suizos. Significa esto —concluye la revista financiera— que los extranjeros contribuyen más proporcionalmente a la producción y, por consiguiente, a elevar el nivel de vida que los suizos».

Lo que no dice el «Bulletin Financier» es que, además, los extranjeros hacen los trabajos más improbos, más sucios y peor remunerados. Los anuncios para limpiar retretes, para barrer las calles o recoger basuras se ponen directamente en español. Exigen, además, que los interesados gocen de buena salud. El colmo.

Victimas de la concentración

Un dirigente sindicalista suizo joven, considerado como izquierdista por su oposición al contrato de «paz en el trabajo» establecido entre los sindicatos y los empresarios, me explica el sentido de las

En Suiza, los extranjeros hacen los trabajos más improbos, más sucios y peor remunerados. Los anuncios para limpiar retretes, barrer las calles o recoger basuras se ponen directamente en español.

Ferrocarriles Federales Suizos

La Estación de Ginebra necesita

OBREROS

para el servicio de limpieza de los coches

Prestaciones sociales
Trabajo en equipo
Buen salario - primas especiales

Los interesados en este trabajo que gocen de buena salud y residan en Suiza desde hace dos años por lo menos, pueden dirigirse para más detalles a la Secretaría de la Estación de Ginebra, situada en el andén 1

«iniciativas populares». «El clima que se crea así permite al gobierno adoptar las medidas restrictivas que necesite el gran capitalismo. Entra dentro de la estrategia del gran capitalismo suizo. No se expulsará a ningún trabajador extranjero, pero se cerrarán las puertas a otros nuevos. Significa que desde ahora la mano de obra no estará disponible, no será tan barata, lo que perjudicará a las pequeñas empresas que hasta ahora la explotaban a su gusto. Los trabajadores que están aquí no saldrán perjudicados a corto plazo, pues se reducirá la enorme masa de mano de obra dispuesta a trabajar en cualquier condición. Dentro de este proceso de concentración capitalista las grandes empresas acabarán con las pequeñas. Más tarde vendrá una mayor explotación de los trabajadores extranjeros, pues los suizos formarán parte de la aristocracia del mundo del trabajo. El proyecto del gran capital consiste también en diversificar los países de procedencia de los trabajadores extranjeros, para que no se creen grupos afines de lucha. Los españoles, por ejemplo, son ya demasiado numerosos y han comenzado a organizarse. Esto no puede aceptarlo el capitalismo moderno, y trata de abrir otras fuentes a la inmigración: Turquía, e incluso se habla de Corea del Sur. El capitalismo suizo quiere crear, a nivel nacional, el esquema ideal de la cadena de montaje: un obrero español, otro italiano, otro turco, otro portugués, etcétera. La diferencia de intereses (pues uno será temporero; otro, anual; otro, residente definitivo), de mentalidades, las dificultades para entenderse frenarán el movimiento unitario del subproletariado extranjero».

Por todo esto el capitalismo suizo tiene necesidad ahora de frenar el movimiento racista que se desató con la «iniciativa popular». ¿Y si en octubre los suizos votaran contra sus intereses, es decir, por la expulsión de miles de extranjeros? Ya hemos visto que el aprendiz de brujo fue desbancado por predicar una cierta moderación. Ahora acaba de crearse otro grupo, el MSOC (Movimiento Suizo de Obreros Católicos), que preconiza la limitación de nuevas entradas y la concesión de más derechos y mayores comodidades a los que ya están dentro. Su presidente, M. Pfister, asegura que cuenta con el apoyo de la democracia cristiana y del ala derecha del partido socialista.

Ahora los trabajadores españoles están más tranquilos. Ven que los suizos saben dónde reside su interés, aunque, como decía también Ramuz, «hayan perdido el sentimiento de la tragedia y de la grandeza por su ausencia en la participación del drama universal».

■ RAMON CHAO.